

Imaginarios de civilidad y modernización: “asco” y “vergüenza” de 1950 a 1985 en dos ciudades colombianas. El caso de la institución gamín*

Ivanssan Zambrano Gutiérrez**
Claudia Rojas***
Yearleidy Cano****

Resumen

Imaginarios de civilidad y modernización: “asco” y “vergüenza” de 1950 a 1985 en dos ciudades colombianas. El caso de la institución gamín

En este artículo se visibilizan los elementos que configuraron una mirada que operaba en los pobladores urbanos sobre los niños en situación de calle o *institución gamín* de 1950 a 1985 en Bogotá y Medellín. Se trata de sacar a la luz la existencia de esa mirada por aquellos años, identificando el imaginario social que la hizo posible, y principalmente visibilizando las relaciones entre un “nosotros” con pretensiones de “modernidad” y un “ellos”, o los otros, “incivilizados” y “desagradables”.

Palabras clave: *institución gamín, modernización, imaginario social, mirada, desvitalización.*

Abstract

Imaginary of civility and modernization: “disgust” and “shame” from 1950 to 1985 in two Colombian cities. The case of the urchin institution

This article highlights the elements that shaped urban inhabitants' view of children living in the streets, or the urchin institution, from 1950 to 1985 in Bogotá and Medellín. It seeks to bring to light the existence of such

-
- * Este artículo es producto de la investigación “Una infancia bajo amenaza de muerte; los niños en situación de calle en las grandes urbes. Aportes a la historia de la infancia”, aprobada por el Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas (CIEP) de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. La investigación se desarrolló entre los meses de enero del año 2012 y febrero del año 2013.
- ** Miembro en formación del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas y Grupo Infancias y Culturas Juveniles, Universidad de Antioquia. Licenciado en Pedagogía Infantil. Profesor de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: Ivanssan@gmail.com
- *** Estudiante de la Licenciatura en Pedagogía Infantil, Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.
- **** Estudiante de Enfermería, Universidad de Antioquia.

view in those years, identifying the social imaginary that made it possible, and especially making visible the relations between “us” with pretensions of “modernity” and “them”, or the others, as “uncivilized” and “unpleasant”.

Keywords: *the urchin institution, modernization, social imaginary, views, devitalization.*

Résumé

Imaginaires de civilité et modernisation: « répugnance » et « honte » depuis 1950 jusqu'à 1985 dans deux villes colombiennes. Le cas des enfants de l'institution des enfants indigents

On peut voir dans cet article les éléments qui ont configuré le regard prédominant des citadins sur les enfants indigents (*sans domicile fixe*) ou *institution des enfants indigents* depuis 1950 jusqu'à 1985 à Bogota et Medellin. Il s'agit de montrer l'existence de ce regard pendant ces années, en identifiant l'imaginaire sociale qui l'a motivé et surtout en soulignant les relations entre l'un « nous » de prétentions de « modernité » et l'un « eux » ou les autres, « non civilisés » et « désagréables ».

Mots-clés : *institution des enfants indigents, modernisation, imaginaire sociale, regard, dévitalisation.*



En este texto se esbozan, a grandes rasgos, las características del imaginario social¹ reconstruido en la investigación “Una infancia bajo amenaza de muerte; los niños en situación de calle en las grandes urbes. Aportes a la historia de la infancia”, contextualizando y visibilizando el lugar del que se alimentaba la mirada hacia los gamines. Se destaca la existencia de un magma de significaciones (Castoriadis, 2007) en medio del cual, y por el cual, los gamines existían, eran señalados, intervenidos y mirados.

En paralelo al despliegue de los enunciados, se efectúan también algunas reflexiones entrelazadas en el concepto de *mirada*, arribando así a algunos comentarios

finales referidos al peso de la mirada y la institución gamín² (Minnicelli y Zambrano, 2012).

El imaginario de la modernización y la civilización en marcha

En la investigación que habilitó la escritura de este texto se preguntó por los imaginarios que posibilitaron las acciones de desvitalización y, en su mayor expresión, del asesinato de los niños en situación de calle o institución gamín en Bogotá y Medellín hacia la época de los ochenta, momento en que tuvieron su mayor auge (Rojas, 1996). La construcción del archivo, y el ejercicio de análisis teniendo por lente

- 1 El *imaginario social* se presenta como un espacio simbólico que contiene un conjunto de significantes, significaciones, prácticas, creencias y discursos que constituyen un “magma de significaciones sociales” (Castoriadis, 2007) que reúnen, cohesionan y visibilizan a un colectivo determinado (un grupo, una institución, una comunidad) (Zambrano, 2012). De esta manera, los *imaginarios sociales* serían el entramado de redes simbólicas que permea las interacciones sociales. A la vez que constituye y da vida a los simbólicos de aquella red, él mismo es siempre cambiante. En este artículo, el concepto de *imaginaria social* es homólogo al de *imaginario social*. Este concepto lo utilizó Rubén Dittus refiriéndose también al imaginario social, en el libro titulado *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales* (2011, pp. 66-98).
- 2 Se consideró a los niños en situación de calle como una *institución*: la institución gamín (Minnicelli y Zambrano, 2012), señalada como contraria a la cultura hegemónica debido a ciertas prácticas culturales, materializadas en rituales, ceremonias y fines de sostenibilidad que la ubicaron en el otro lado, “en la otra vereda”, siendo así reconocida como una “subcultura”. Una “sociedad gamín” distanciada, rechazada y en oposición a la “cultura colombiana oficial” (Zambrano, 2012).

algunas conceptualizaciones de Cornelius Castoriadis y algunas precisiones metodológicas del sociólogo gallego Juan Luis Pintos, posibilitaron la reconstrucción y la visibilización del imaginario que, llegado el momento, fue nombrado como el *imaginario de la modernización y la civilización en marcha*. De este imaginario hizo parte y con un peso alto, la higiene.³

El *imaginario de la modernización y la civilización en marcha* era el escenario en el que, y a través del cual, desde mediados de siglo xx e incluso mucho antes, tanto en Bogotá como en Medellín, el Gobierno y algunas élites operaron y planearon el desarrollo de las ciudades en aspectos económicos, políticos, sociales y morales. El mismo pervivía en el magma de significaciones sociales que animaba a los pobladores urbanos de 1950 a mediados de los ochenta. Este imaginario tenía como uno de sus ejes la higiene: un conjunto de discursos, ideales y prácticas referidas al aseo o la limpieza personal, del ambiente, y principalmente de los pobladores en sí mismos: una higiene mental. Dichas representaciones fueron nombradas en la investigación como el *imaginario de la higiene*.

Desde mediados de siglo, las élites y el Gobierno impulsaban y fomentaban todo un abanico de acciones con miras a la interiorización, en la población, de este imaginario. Se ejecutaron diversas campañas,

se publicaron infinidad de libros, revistas y artículos referidos a la necesidad de modernizar las ciudades y a los pobladores, erradicando principalmente la falta de higiene, la suciedad. En pro de ello se forjaron instituciones y se decretaron diversos enunciados legislativos.⁴

El interés de las élites y del Gobierno por impulsar este tipo de imaginarios no se debía solo a un beneficio propio o al deseo de extender su mismidad a los otros, a los que no eran como ellos, sino también se trataba de una lucha contra la enfermedad (Pachón y Muñoz, 1996; Espinal Pérez y Ramírez, 2006, y F. Zambrano, 2007), pues las altas tasas de mortalidad y mortalidad infantil, aunadas a los precarios índices de higiene en la mayor parte de la población, eran considerados un problema al que debía darse solución. De esto dependía el futuro de la patria y, en su momento, la vitalidad de la población.⁵

En la década de los cincuenta, en dos reconocidos periódicos de Bogotá y Medellín se publicaba la misma noticia. Con seguridad no era una simple coincidencia: en el contenido de aquel artículo y de otros similares se visibilizaba, a grandes rasgos, el horizonte, la ruta que perseguía e impulsaban las élites y el Gobierno.

3 La *desvitalización* es la acción de mermar o reducir al extremo, incluso hasta la misma muerte, la vida de un individuo: su vitalidad en el marco de su salud mental y corporal. Este concepto operó en la investigación como una forma de nombrar los asesinatos efectuados sobre los niños en situación de calle. Sin embargo, no es la muerte su característica principal; si bien este es un aspecto fundamental, con el concepto se intenta significar las distintas acciones, creencias, concepciones, ideas e imágenes a través de las que diferentes personas se relacionaron con los niños en situación de calle. En la investigación se concluyó que el imaginario de la modernización y la civilización en marcha, y especialmente el imaginario de la higiene, posibilitó que hacia la época de los años ochenta del siglo xx, momento en que el país vivía una grave crisis social, existieran unas condiciones simbólicas de posibilidad (Backzo, 2005) que, entrelazadas con las diversas violencias que cruzaron al país por estos años, habilitaron la desvitalización llevada al extremo: el asesinato de gamines. En el caso particular de la población nombrada, dichos asesinatos estuvieron articulados profundamente con el imaginario de la higiene, en especial señalados por su suciedad. También se sostuvo en la investigación que los asesinatos no ocurrieron debido solo a la grave crisis social del país, sino que venían fraguándose desde mucho tiempo atrás, y que llegado el momento afloraron como una creación (Castoriadis, 2007) de la sociedad, la “sociedad colombiana” (Gutiérrez, citado por Zambrano, 2012), para “enfrentar” y “solucionar” un estado de anomia (Blair, 1999) en el que la población en situación de calle fue visibilizada, pero gracias a una mirada —en la que enfatizaré este artículo— como una de las poblaciones —sino la más responsable (la más responsable debido a un tipo de significación social que portaba en sí misma rasgos que la sociedad hegemónica despreciaba con más fuerza: suciedad, inseguridad, mentira, etc.)—. En otras palabras, los asesinatos de esta población fueron una creación de la sociedad, pero una creación impulsada por la comprensión de los imaginarios sociales que alimentaban a la “sociedad colombiana”, y que, llegado el momento, llevaron la desvitalización a su nivel más extremo.

4 Al respecto consultar Espinal Pérez y Ramírez (2006), Noguera (2003), Servicio de Salud de Bogotá (1979).

5 Por supuesto, dentro de este abanico de acciones, cumplían un papel destacado las instituciones educativas. Con seguridad, al interior de ellas se educaba al “futuro ciudadano”, y se estipulaba con mayor precisión la ruta y los modos en que se formaría a los pobladores.

Específicamente, el 17 de mayo de 1950, *El Tiempo* en Bogotá, y el 29 del mismo mes, *El Colombiano* en Medellín, publicaron el mismo artículo respecto a la higiene mental. Allí destacan aspectos nodales en el imaginario, visibilizando a grandes rasgos el efecto —anhelado— de la imaginería que circulaba en esta época.

Entendemos la higiene mental como el conjunto de normas tendientes a mantener el estado mental del hombre, dentro de los límites de la normalidad. Son parte de la higiene mental, lo mismo el buen cine, los deportes adecuados, la música agradable oída en condiciones propicias, el arreglo oportuno de los conflictos familiares, como el color y la forma de los vestidos, la pintura de las paredes de la casa, la presentación de la comida, etc. La mayor parte de las veces la higiene mental corre pareja con la higiene general, o mejor, debería correr con ella. Es el caso por ejemplo, de un cuarto de baño: este puede cumplir ampliamente las condiciones de la higiene general; pero si además de esto, tiene una forma agradable, una luz bien dirigida, colores apropiados y que hagan juego y unos en presencia de otros, entonces cumple con la higiene mental, es decir, es totalmente higiénico (*El Colombiano*, 1950, p. 13; *El Tiempo*, 1950, p. 20).

La higiene refería ciertamente al aseo, la limpieza del cuerpo y del ambiente, pero iba más allá de eso. Se trataba de interiorizar, en los pobladores de las urbes, una visión de higiene social, cultural y física de los ambientes y espacios habitados, una forma de sentir, pensar y relacionarse no solo con los espacios, sino también con el otro y consigo mismo.

Por los años cincuenta, en Bogotá y Medellín el imaginario de la higiene no se encontraba plenamente interiorizado en la población urbana. Las élites y el Estado se alimentaban de él, pero la mayor parte de

la población, en detalle los estratos bajos, aún no lo habían interiorizado. Este aspecto cambiará hacia la década de los setenta,⁶ debido a decisivos factores que reconfiguraron la relación de estas poblaciones con la higiene o salubridad pública.

La relación con el otro, propiciada a través y en el imaginario de la higiene, habilitó en los pobladores urbanos la distinción entre lo limpio y lo sucio, ciertamente en el espacio físico (del cuerpo o la ciudad), pero de manera fundamental en el terreno de lo social. De esta forma se construyó socialmente una mirada hacia los gamines. Una mirada alimentada por el imaginario de la higiene, una mirada que dio y continuó dando vía libre, en la mente de los pobladores urbanos, a las relaciones o equivalencias entre gamín y suciedad, gamín y enfermedad, gamín y asco, gamín y vergüenza, entre otras.

La institución gamín en el foco de la mirada

De los años cincuenta a mediados de la década de los ochenta, los niños en situación de calle eran descritos, significados y nombrados como “chinchas”, “pelafustanillos”, “caras sucias”, “piernas peludas”, “pedigüeños”, “pequeñas parias”, “rapazuelos”, “mendigos”, “menesterosos”, “desechables”, “vagos”, o simplemente “los gamines”. Ellos andaban por los almacenes, los bancos, los teatros, las cantinas y los restaurantes implorando la caridad pública o esperando la menor ocasión para alguna fechoría, según se escribía recurrentemente en diversas publicaciones, algunas de ellas referenciadas en el presente artículo.

Tanto en Bogotá como en Medellín se miraba a los gamines con sospecha, con repudio y desprecio. Estos eran analizados, imaginados, representados y sentidos por medio de una urdimbre de significaciones posibilitadas por un ideal de modernidad que se

6 Así como la creciente urbanización en las ciudades; la modernización del campo y el aumento de las comunicaciones; la disminución de la natalidad y la mortalidad infantil, y el incremento de la población en edad avanzada; la alteración de los patrones de morbilidad, apareciendo las enfermedades crónicas, degenerativas y los accidentes de tránsito —dejando atrás las enfermedades infecciosas—; el aumento en el número de consultas por habitante, debido a los factores anteriores y a la disponibilidad y la apropiación de mayor información sobre la salud, la prevención, el diagnóstico y los tratamientos oportunos, etc. (Restrepo y Villa, 1980, pp. 160-161; Zambrano Pantoja, 2007).

perseguía. José Gutiérrez es un autor eje en el estudio de esta infancia, a la vez que en su visibilización, bajo la dupla moderno / no moderno, civilizado / no civilizado. Él mismo deja ver en sus letras la existencia de una población contraria al imaginario de la modernización: los gamines (Zambrano, 2012). A grandes rasgos, y no solo en la obra de Gutiérrez (1972), a estos se les señalaba por la falsa mendicidad y la delincuencia, denunciando su suciedad y la vergüenza que provocaban a la “sociedad colombiana” (Gutiérrez, citado por Zambrano, 2012).

En Bogotá se denunciaba “las más impresionantes manifestaciones de la mendicidad” y su “perfeccionada industrialización”, aludiendo a la falsa mendicidad. Se escribía:

Por todas partes, hay ahora mendigos en Bogotá. En las aceras de las calles mas concurridas, afligen y comprometen con la exhibición de sus lacerías orgánicas (*El Tiempo*, 1963, p. 5).

En el caso de Medellín, “la ciudad industrial de Colombia”, era necesaria la pronta solución a este “problema social”. La ciudad abanderaba una transformación económica, y esa línea industrial demandaba cierto aspecto, cierta estética y, sobre todo, cierta imagen frente a las otras ciudades de Colombia. Medellín, desde la década de los cincuenta, según se aprecia en los diferentes artículos consultados, se estaba convirtiendo en una ciudad turística. Las élites y el gobierno local reclamaban, de una u otra forma, por la cantidad de pordioseros que “deambulan por las calles”, y se preguntaban:

Qué dirán los extranjeros que nos visitan al contemplar dichos espectáculos en una ciudad que se jacta de ser caritativa, y que ostenta con orgullo el nombre de ciudad industrial de Colombia? (*El Colombiano*, 1957, p. 5).

Para ellos, era tiempo de que “las autoridades municipales y las entidades benéficas [...] se den cuenta del aspecto tan feo que los pordioseros dan a la ciudad” (p. 5). Y es que aquel espectáculo era un indicio negativo en una ciudad progresista e industrial. Una ciudad que no podía permitir que una “plaga” (Gómez, 1959) de gamines, muestra de “peste y de mugre”, circulara por las calles de la ciudad:

El cuadro purulento de peste y de mugre, de trampa y simulación que hoy ofrece Medellín al ojo y olfato del extranjero, por obra de pediguños y pordioseros, es algo que clama desde el honor de la raza por la intervención oficial (Arango, 1950: 3).

El olfato y la mirada cumplían un papel central en la observación del gamín. Lo visible es la suciedad, lo que se huele es la suciedad. El gamín, de acuerdo con las descripciones citadas, concentra en sí mismo la “trampa”, la “peste” y el “mugre”, todo esto referido y entendido por la “sociedad colombiana” como un “espectáculo” negativo que demandaba de una “intervención oficial”.

Posterior a una visita de “distinguidos caballeros que asistieron al Congreso de Acción Católica en Medellín” (*El Colombiano*, 1957, p. 5), según el artículo, aquellos caballeros exaltaron la “belleza de la ciudad”, exceptuando la existencia de un “lunar desagradable”, pues no era concebible que por las “modernas” avenidas, “que sirven de solaz a los turistas”, surgieran

[...] con aspecto de atracadores de buena fe, los mendigos que van en busca de una moneda [...] exhibiendo con desfachatez sus lacras físicas para vivir a costa de la compasión ajena (p. 5).

En los periódicos de las dos ciudades se aprecian con frecuencia las demandas de los pobladores respecto a los gamines, exigiendo campañas sistemáticas, investigaciones y estructuras de beneficencia organizadas de manera adecuada que brindaran solución al “cuadro purulento de peste y de mugre”, al feo “lunar” (*El Colombiano*, 1958, p. 5). En Bogotá se escribía sobre el “azote” que estaba viviendo la capital del país, gracias a los músicos inválidos y los niños mendigos (*El Tiempo*, 1954, p. 18). Se trataba de un “espectáculo insufrible”, “triste y fastidioso” por el cual se pedía la “atención” de las autoridades. Como lo escribía Cabrera Lozano, “Hay que llamar la atención de las autoridades [...] Es un espectáculo insufrible. La capital no debe seguir soportando este espectáculo triste y fastidioso [...]” (*El Tiempo*, 1954, p. 18). Cabrera describe posteriormente el encuentro con “Una bandada de chiquillos”, “Haraposos, sucios, suplicantes”, que “extendían las manos ávidas mientras

repetían a coro la lección bien aprendida: ‘Regáleme cinco centavitos [...]’. Según Cabrera, los habitantes de la urbe y ellos mismos, se sentían molestos y hasta avergonzados por el “espectáculo” en que se convirtieron los gamines.

Efectivamente, la falsa o no mendicidad de los menores y su relación con la delincuencia (debido a actos delictivos: robo principalmente) era un aspecto relevante. Sin embargo, el constante destacamento de la suciedad, junto a algunos aspectos relacionados con la vergüenza y el “bochorno” de los pobladores por el “desagradable espectáculo” de los gamines, “plagas” o “parásitos” en la calle, la visibilidad de los “malos olores” y la identificación de esta población como un “lunar” feo en la ciudad, dan cuenta de la articulación y, en suma, las significaciones con las que se “llenaba” la figura del gamín, significaciones que asignaban —y asignaron— una identidad, una forma de ser y, sobre todo, una advertencia que iba más allá de la delincuencia.

En dichas descripciones se entrecruzan los elementos que compusieron una forma de sentir construida socialmente,⁷ un modo de denunciar el malestar y la repugnancia que generaban los gamines a la “sociedad colombiana”, que veía vulnerada sus “esquemas de sentido” (Sabido, 2009, p. 30) por la existencia de un “lunar” feo, sucio y patológico que no se correspondía con el ideal de hombre o niño “decente”, de “buen vestir” y, sobre todo, de higiene e higiene mental que alimentaba a las poblaciones urbanas. El imaginario de la higiene, una vez interiorizado, posibilitó una manera de sentir, donde la suciedad fue señalada e identificada en especial a través de la mirada.⁸

La imagen del gamín, su presencia, su cercanía en las calles, activaba en los pobladores “sensaciones inmediatas” (Vigarello, 1991) incómodas, bochornosas, desagradables y vergonzantes, mostrando así el peso del magma de significaciones sociales mediante el cual sentían, pensaban e imaginaban los habitantes de las grandes urbes a la institución gamín, en este caso, con seguridad habitantes pertenecientes a élites y al mismo Estado en principio, y posteriormente en gran parte de la población, incluyendo los estratos bajos. En los pensamientos, los sentimientos, las imágenes, las ideas y las creencias de las poblaciones urbanas en las dos ciudades, las referencias a los gamines estuvieron animadas de modo efectivo por la delincuencia y la mendicidad,⁹ pero también por el papel destacado que cumplía la distinción a través de la mirada entre lo limpio y lo sucio.

A comienzos de los años ochenta, la delincuencia en las dos ciudades ocupa los primeros puestos del país.¹⁰ Se demandaba “una reforma judicial que consulte los problemas de la vida moderna”. Una población, los gamines, son visibilizados como uno de los directos responsables de la delincuencia urbana; su existencia es considerada como un problema “de la vida moderna” que, nombrado de otra forma, refiere a un “problema social” o, en extremo, un problema que se materializa en la existencia de unos “enemigos de la sociedad”, o “antisociales”, según se escribía.

Los gamines, vagos, mendigos y pordioseros fueron, en sí mismos, una sola *identidad*, un solo cuerpo social o “lunar” que avergonzaba y atemorizaba a las ciudades. La responsabilidad de los gamines respecto a la vergüenza y el temor que generaban en la “sociedad

7 Como se resalta en la siguiente cita: “la percepción sensible es formada socialmente [...] Sentimos de modo distinto, los sentidos no son pizarras sobre las que se escribe el mundo sino filtros diseñados por la urdimbre sociohistórica [en la que] cada sociedad elabora su propio modelo sensorial” (Le Breton, 2007a, citado en Sabido, 2009, p. 40).

8 “Las formas de relación con lo extraño se basan en los cinco sentidos; ninguno de ellos actúa por separado, sino en coordinación unos con otros. Sin embargo, en algunas ocasiones, se da carga a determinado sentido corporal, a ciertas maneras de ser sensibles frente a aquellos que consideramos extraños” (Sabido, 1999, p. 42).

9 Un balance en el abanico de publicaciones registradas —en los periódicos *El Colombiano* y *El Tiempo* principalmente— demuestra que la mayor cantidad de artículos periodísticos y de revista, al igual que tesis y libros referidos a los gamines, se encuentran alojados en el escenario de la delincuencia y la mendicidad. En otras palabras, en forma general, el tema de la delincuencia durante el período abordado (1950-1985), ha sido un terreno abonado para la escritura en torno a la población en situación de calle.

10 “Apenas al concluir el año pasado, se dieron a conocer los índices de delincuencia del año inmediatamente anterior, o sea el de 1977. Y como en los de 1975 y 1976, Antioquia y el Distrito Especial de Bogotá aparecieron en el primer plano”. “Índices de la delincuencia”. *El Colombiano*, 4 de enero de 1979, p. 5.

colombiana” tenía que ver no solo con su presunta relación con la delincuencia urbana, sino también y fundamentalmente con las sensaciones incómodas que provocaban en los pobladores. El imaginario de la higiene posibilitó un uso de los sentidos, que fue más allá de lo meramente biológico, y que respondió a aspectos culturales y, en suma, simbólicos¹¹ que delimitaron la región del “nosotros”, “la sociedad colombiana”, y el “ellos”, “la sociedad Gamín” (Gutiérrez, citado por Zambrano, 2012). De esta forma, “mediante los sentidos corporales y su uso se generan pautas de orientación que emiten la marca ‘no acepto cohabitar a tu lado’” (Sabido, 2009, p. 41). No se distingue lo limpio de lo sucio solamente por su relación con la enfermedad, sino que en el caso de los gamines, junto a dicha variable —la enfermedad y a través de ella también— se encuentra el asco y la repugnancia a una población o “espectáculo” que tiene “malos olores” y que infecta a la ciudad, pues son “parásitos” que deambulan por las calles. A su vez, como solo es posible en el marco de la higiene —que sospecha del más mínimo rastro de suciedad, incluso el que no se ve (Vigarello, 1991)—, se sospecha de esta infancia debido a su suciedad, desaseo y su relación con la delincuencia.

Por otro lado, y sin menor importancia, estar limpio es asociado con una idea de buen vestir, de apariencia. El ornato en las ciudades y en los pobladores cumplía un papel destacado. Las personas, contrario a épocas anteriores, prestaban más atención a la forma de vestir,¹² y las empresas de textiles no solo se preocupan por confeccionar ropa, sino también por posibilitar y promover una estética asociada con la modernidad a través del vestido. Se hablaba de la moda (*El Colombiano*, 1950, p. 11) e incluso de la moda infantil (*El Colombiano*, 1950) como elementos de la modernidad.

La apariencia física, en específico los “harapos” (la vestimenta) de los niños en situación de calle, continuamente visibilizados en los enunciados, constituían un factor clave en la presencia y la distinción del gamín. Como se describía el 15 de enero de 1962 a través de una fotografía en Bogotá, el “contraste” era innegable (*El Tiempo*, 1962, p. 1) (véase figura 1).

La apariencia era importante a la hora de identificar quién era gamín y quién no, verificando así su lugar de procedencia y su posible pertenencia a la “sociedad colombiana” (Gutiérrez, 1972), a un “nosotros” que se distinguía del “otro”. En el imaginario de la modernidad y la civilización en marcha, la mirada tiene un papel predominante (Sabido, 2009). Esta mirada se alimentaba de ciertas significaciones sociales que habilitaban y posibilitaban una o varias distinciones; por ejemplo, útil / inútil, sucio / limpio, gamín / no gamín, civilizado / no civilizado, entre otras, y en definitiva un tipo de observación que señalaba e identificaba al “otro” como anormal.

En los artículos son bastante claros los criterios a través de los cuales alguien, en este caso, un “niño”, puede hacer parte de la “sociedad colombiana”, con un simple cambio de vestimenta. Como se evidencia en la figura 2, un gamín puede, en “media hora”, dejar de ser gamín cambiando su “presencia física”. Por otro lado, cabe destacar que cambiado su “presencia física”, para el autor de la fotografía también “quizás” es posible cambiar su “moral”. El aspecto no es menor, pues mediante la apariencia de un individuo —apariencia que está disponible a la mirada—, en este caso un gamín, se determina su nivel de pertenencia o no a una sociedad determinada. A su vez, gracias a esa apariencia que hace parte de un “nosotros” —gente “decente”, “limpia”, “moderna” con una “moral” adecuada y correcta—,

11 “[...] como indicó Pierre Bourdieu (2002), ninguna mirada es neutra, cuando miramos a los otros activamos clasificaciones como gordo/flaco [...] La mirada pues, ‘es un poder simbólico cuya eficacia depende de la posición relativa del que percibe y del que es percibido o del grado en que los esquemas de percepción y de apreciación son conocidos y reconocidos por aquel en quien se aplican’ (Ibidem, 2003: 85)” (Sabido, 1999: 45).

12 “El hombre colombiano viste —o vestía— porque sí. No se había puesto a pensar, o a meditar, sobre la importancia de su vestido. De generación en generación fue evolucionando tan insensiblemente su indumentaria que apenas si se preocup[ó] por advertirlo. Cuando veía cuadros o fotografías de otros tiempos, se limitaba a sonreír, a comentar para sus adentros: ‘que ridículas esas gentes’. Y pasaba a otra cosa. A lo cotidiano, al apremio de sus actividades, al auge o a la estrechez de sus negocios, Ahora, se ha detenido a pensar en eso”. Comenta un periodista que escribe un artículo sobre la visita del diseñador Zamblera. “Los bogotanos visten muy bien, declara el diseñador Zamblera”, *El Tiempo*, 15 de noviembre de 1951.

se "incluye" borrando la otredad, llenándola debido a su carencia y desviación. Este detalle se visibilizaba en un artículo publicado el 24 de febrero de 1961 en Bogotá, donde se escribía sobre unas personas que,

conmovidas "ante la desnudez de un gamín [...] lo recogió, lavó y vistió cambiando su presencia física y quizás moral, como puede verse en esta fotografía" (resaltado en el original) (véase figura 2).



Figura 1. Un duro contraste. "Bogotá, D. E. —Este cuadro que ofrece un duro contraste, podrá ser más impresionante aún, sino descubriera la otra verdad dolorosa: el chiquillo que aparece sin camisa, semidesnudo [...] pertenece por desgracia a esas pequeñas bandas de infantiles pordioseros, que no han querido acogerse al asilo de las instituciones de beneficencia y que explotados por gentes desalmadas soportan el frío para hacer más impresionante la condición de su miseria. Es el caso típico de la niñez abandonada en manos de personas sin conciencia que no vacilan en utilizar la viveza de estos 'pelafustanillos' para medrar a su sombra desprevenida".

Fuente: foto de Ángel, para *El Tiempo*; "Problema social permanente". *El Tiempo*, 15 de enero de 1962, p. 1.



Figura 2. Media hora para transformar un gamín

Fuente: "Media hora para transformar un gamín", *El Tiempo*, 24 de febrero de 1961. p. 5.

Aquella mirada era posible en un magma de significaciones sociales, donde las buenas maneras, la adecuada apariencia, las formas de hablar y, en general, un tipo de conducta o comportamiento adecuado para la sociedad hacían parte de un "nosotros", la "sociedad colombiana" (Gutiérrez, 1972), una sociedad hegemónica que estipulaba lo correcto e incorrecto en las formas de sociabilidad. Un comportamiento y una apariencia que debía corresponderse con el proceso de modernización en marcha que vivían las dos ciudades. Por ende, la utilidad del gamín a este proceso y la incomodidad y vergüenza que causaba a los pobladores de las urbes en el mismo, eran constantemente señaladas.

La configuración de esta mirada y las oposiciones binarias que la componían continuaron siendo eje en los artículos publicados hasta el momento en que finaliza la búsqueda (1985). En una tesis de grado se halló una propuesta publicitaria cuya intención era impedir "el incremento del gaminismo", además de "lograr que la gente acepte al niño gamín como una persona útil [...] aceptando al gamín [...] como un ser social" (Acosta y Revollo, 1977, p. 84). Entre las necesidades que demandaba la campaña televisiva en prensa y en radio, se solicitaba que el "Locutor 1", sostuviera: "Los gamines también tienen derecho a ser niños" (p. 85). En la prensa, al parecer, y presu- puestando que Café Sello Rojo financiará la campaña, se esperaba que apareciera la siguiente información:



Figura 3. Campaña publicitaria

Fuente: Acosta y Revollo (1977, p. 84).

En esta campaña, en imágenes sencillas, se muestra al gamín como alguien que "TAMBIEN TIENE DERECHO A SER NIÑO", y que, siendo "inútil", puede llegar a ser "útil" para la sociedad, pues ante todo él también es un "ser social". De acuerdo con esta

propuesta, el gamín nombrado años atrás un "holgacán", un "vago", ahora un "inútil", podía "reformarse", con apoyo de todos "individual y colectivamente". De esta forma, "nos beneficiaremos todos", o mejor aún, se beneficiaría la "sociedad colombiana" de la que

escribía José Gutiérrez (1972). El gamín, al parecer, no era un niño, y era necesario resaltar su "Derecho" a serlo.¹³

Aunque la campaña publicada en la tesis posiblemente no salió al aire,¹⁴ su formulación se da debido a un conjunto de ideas, imágenes, concepciones y prácticas que avalaron esta propuesta, no solo en su construcción, sino en la aceptación por parte del jurado calificador de la misma —pues las estudiantes se graduaron con esta tesis—, aspecto que demuestra

un consenso al interior del imaginario social del que se alimentaban los pobladores respecto a los niños en situación de calle y que posibilitaba la mirada que se ha venido presentando. Sin embargo, una campaña similar, ganadora de un concurso publicitario, sí fue publicada a finales de los setenta en *El Tiempo*. En esta campaña nuevamente el tema de lo sucio y lo limpio, aunado a ser o no niño, sale a luz. Como lo sostiene el mensaje de la campaña: "Sin embargo, bajo la capa de mugre y sufrimientos sigo siendo un niño..." (*El Tiempo*, 1979, p. 12) (véase figura 4).

"YO TAMBIEN TENGO CORAZON"



Sin embargo, bajo la capa de mugre y sufrimientos sigo siendo un niño...
UN NIÑO... EL FUTURO DE COLOMBIA...

Figura 4. "Yo también tengo corazón"

Fuente: "Yo también tengo corazón", *El Tiempo*, Bogotá, 3 de enero, p. 12.

13 El debate en torno a si el gamín era un niño o no, recorre gran parte de los años abordados, y demanda de una reflexión que desborda las pretensiones de este artículo.

14 En las consultas realizadas no se halló esta campaña en los diarios, ni en otra parte referenciada.

Es indudable el papel del imaginario de la modernidad y la civilización en marcha en la configuración de esta mirada. Los elementos que la componen refieren a la higiene (lo sucio y lo limpio), el trabajo —parte inexorable en la economía y en ella la industrialización de las dos ciudades—, denunciado la vagancia e inutilidad, la apariencia física —vestir bien, estar limpio—, la decencia e indecencia. Un papel apropiado por las grandes élites principalmente, y con un peso cada vez más significativo en el resto de la población.

Saavedra y Serrano presentan, en la Universidad Javeriana en Bogotá, una tesis de grado titulada “El gamín, sus problemas y su adaptación” (1969). Para ellas, el comportamiento del gamín contiene “anomalías” que un “simple observador”, aquel dueño de una mirada construida socialmente en torno a la institución gamín, no puede pasar por alto. Las investigadoras tenían como

[...] propósito hallar en lo posible, a través de nuestro estudio, las causas y motivos que llevan al “gamín” a una conducta, que aún para el simple observador, muestra algún tipo de anomalía (1969, p. 67).

Este “simple observador” refiere, sin duda alguna, a cualquier habitante de la población urbana, pues aquella conducta “anómala” se encontraba ubicada y señalada constantemente a través de una forma de mirar, como contraria a aquella estipulada por una sociedad que estimulada por el imaginario de la civilización y la modernización del que era objeto, se distanciaba más y más de los comportamientos “inadecuados o anómalos” de los gamines. Un comportamiento que podía y debía ser identificado, registrado y estudiado científicamente por la sociedad.

Comentarios finales

A través de la mirada, entre otras, la humanidad se hace; “cuando las personas se miran unas a otras, están haciendo sociedad” (Simmel, 2002, en Sabido, 2009). Siguiendo a Simmel, “los ojos desempeñan una función sociológica particular: el enlace y la acción recíproca de los individuos que se miran

mutuamente” (Simmel, citado por Sabido, 2009, p. 42). Mirar es habitar al otro, es también hacerlo, construirlo, crearlo.

La institución gamín (Minnicelli y Zambrano, 2012) fue un producto de las desigualdades sociales, la extrema violencia e incluso un interés lucrativo no legal: la falsa mendicidad también emergió con mayor fuerza debido a los cambios en todas las dimensiones de la vida humana que trae la modernización y la capitalización de la vida social en Occidente. Sin embargo, su continuidad y reproducción es un efecto de una mirada —alimentada por una imaginaria social— que ubica, distancia y señala.

Una mirada, en principio, tal vez solo alojada en las élites y el Estado, pero que poco a poco, y con el paso de los años, se extendió, o mejor aún, fue interiorizada cada vez más en las diferentes capas de la población urbana, teniendo por lugar de emergencia-continuidad a las élites económicas y políticas de las urbes estudiadas, estimuladas por el imaginario de la modernización y la civilización en marcha.

La sensación de incomodidad, el repudio, el asco y el desagrado en la “sociedad colombiana” de 1950 a mediados de los años ochenta y muchos años después, no confluyeron solo en lo meramente biológico, sino que obraron y se manifestaron a través de los sentidos, produciendo la emergencia de “sensaciones inmediatas” (Vigarello, 1991) incómodas y desagradables, mostrando así el peso de la cultura sobre el universo simbólico del que se alimentaba la “sociedad colombiana” por aquellas épocas.

Esta forma de mirar estuvo contenida en un universo simbólico que la dinamizaba, la hacía posible. Se trata de una mirada que constantemente se estaba haciendo, teniendo siempre por eje un imaginario que la nutría y diversificaba, sin jamás alejarla del centro simbólico que la contenía.

La desvitalización de la población en situación de calle, y en ella los chicos, los pequeños, inició con la mirada y no con el asesinato, que es solo su punto más visible. Mediante la mirada se excluye, se elimina y se borra al otro, anulando así sus posibilidades de ser, de vivir.

Nombrar a los gamines y hablar de ellos, del pasado al presente como institución, habilita un reconocimiento de sus rituales, ceremonias y fines de sostenibilidad, a pesar de que los mismos no hubiesen sido —por obvias razones— benéficos para la sociedad que los repudiaba. Sin embargo, esta infancia representó una institución que, debido al rechazo y al distanciamiento que la sociedad sostuvo en contra de ella, institucionalizó sus prácticas huyendo de aquellas que la repudiaban y discriminaban, y sin lograr escapar a la crueldad de la que se distanciaba, quedaron atrapados en sus redes, en una *crueldad institucionalizada*, pero al menos en una institución que los acogió y les dio un lugar de ser.

Referencias bibliográficas

Acosta de Harker, G. y Revollo Wolf, C. (1977). *Campaña institucional a favor del niño gamín* (Tesis de grado). Facultad de Comunicación Social, Universidad Javeriana, Bogotá.

Arango Ferrer, J. (1950). Estampas medellinenses. Mendigos y pedigüños. *El Colombiano*, 21 de septiembre, p. 3.

Blair, E., (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusques.

Dittus, R. (2011). El imaginario social del otro interiorizado. Taxonomía de la alteridad como espejo del yo contemporáneo. En Juan R. Coca et al. (Coords.), *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales* (pp. 66-98). Bajadoz y Coruña: Asociación Cultural Tremn y CEASGA.

El Colombiano (1950). La mujer, El Hogar y la Moda, *El Colombiano*, Medellín, 3 de enero, p. 11.

El Colombiano (1950). Para los niños también se hizo la moda, *El Colombiano*, Medellín, 23 de febrero.

El Colombiano (1950). ¿Qué es la higiene mental?, *El Colombiano*, Medellín, 29 de mayo, p. 13.

El Colombiano (1957). Un problema social, *El Colombiano*, Medellín, 12 de marzo, p. 5.

El Colombiano (1957). Villa indigente, *El Colombiano*, Medellín, 4 de julio, p. 5.

El Colombiano (1958). La mendicidad, *El Colombiano*, Medellín, 12 de noviembre, p. 5.

El Colombiano (1958). Mendicidad profesional, *El Colombiano*, Medellín, 9 de noviembre, p. 3.

El Tiempo (1950). ¿Qué es la higiene mental?, *El Tiempo*, Bogotá, 17 de mayo, p. 20.

El Tiempo (1954). Músicos inválidos ambulantes y niños mendigos, Dos (sic) azotes de la capital, *El Tiempo*, Bogotá, 31 de marzo, p. 18.

El Tiempo (1962). \$ 12 recaudan pordioseros por día en la Capital del país, *El Tiempo*, Bogotá, 12 de enero, p. 13.

El Tiempo (1963). La mendicidad, *El Tiempo*, Bogotá, 11 de abril, p. 5.

El Tiempo (1979). Yo también tengo corazón, *El Tiempo*, Bogotá, 3 de enero, p. 12.

Espinal Pérez, C. E. (2010). El proceso de modernización y las transformaciones en la concepción de higiene y la salud. Medellín, 1950-1970. En Eduardo Domínguez (Ed.), *Todos somos historia: vida del diario acontecer* (vol. 2, pp. 165-182). Medellín: Canal Universitario de Antioquia.

Espinal Pérez, C. E. y Ramírez, M. F. (2006). *Cuerpo civil, controles y regulaciones*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Gómez Carvajal, Martha (1959). Delincuencia juvenil, *El Colombiano*, 8 de noviembre, p. 3.

Gutiérrez, J., (1972). *Gamín. Un ser olvidado*. México: Mc Graw-Hill.

Minnicelli, M. y Zambrano, I. (2012). Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia en tiempos de capitalismo y modernidad: los Niños en Situación de Calle, Colombia, *INFEIES-RM*, 1(1). Recuperado de http://www.infeies.com.ar/numero1/bajar/Investig_Gamines.pdf

Noguera, C. (2003). *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo xx en Colombia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Pachón, X. y Muñoz, C. (1996). *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Planeta.

Rojas, C. (1996). *La violencia llamada Limpieza social*. Bogotá: CINEP.

Saavedra Navarro, E. y Serrano González, M. (1969). *El gamín, sus problemas y su adaptación* (Tesis de grado). Universidad Javeriana, Bogotá.

Sabido, O. (2009). *Los rostros del otro. Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*. México: Emma León, Anthropos.

Servicio de Salud de Bogotá (1979). Pre-seminario Colombiano sobre los problemas de salud de las grandes ciudades. Unidad de Vigilancia y Control.

Vigarello, G. (1991). *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Madrid: Alianza.

Zambrano, I. (2012). Miradas científico anormales a la infancia en situación de calle: José Gutiérrez o los imaginarios sociales modernos, *Revista Colombiana de Educación*, (63), 273-288.

Zambrano Pantoja, F. (2007). *Historia de Bogotá. Siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores.

Referencia

Zambrano Gutiérrez, Ivannsan, Rojas, Claudia, y Cano, Yearleidy, "Imaginarios de civilidad y modernización: 'asco' y 'vergüenza' de 1950 a 1985 en dos ciudades colombianas. El caso de la institución gamín", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 26, núm. 67-68, enero-diciembre, 2014, pp. 14-26.

Original recibido: 18/03/13

Aceptado: 30/05/13

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.
